



17

INSTANTES DE UNA YULIÁN PRIMAVERA SEMIÓNOV

Prólogo de Olga Semiónova y Sergei Stafeev

Cienflores Editorial LA GRANADA



17 Instantes de una Primavera



YULIÁN SEMIÓNOV



LA GRANADA

 **Cienflores** Editorial

Semiónov, Yulián

Diecisiete instantes de una primavera / Yulián Semiónov ; ilustrado por Diego Tripodi ; prólogo de Olga Semenova ; Sergei Stafeev. - 1a ed. - Ituzaingó : Cienflores , 2020.

Libro digital, EPUB - (Expediciones / 1)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Zoia Barash.

ISBN 978-987-4039-25-5

1. Narrativa Rusa. 2. Novelas. I. Tripodi, Diego, ilus. II. Semenova, Olga, prolog. III. Stafeev, Sergei, prolog. IV. Barash, Zoia, trad. V. Título.

CDD 891.73

Editorial Cienflores

Lavalle 252 (B1714FXB), Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tel: +54-011-2063-7822 / email: editorialcienflores@gmail.com /

<https://www.facebook.com/EditorialCienflores/>

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Семнадцать мгновений весны

Seventeen Moments of Spring

Copyright © 1969 Julian Semenov

All rights reserved

© De esta edición Editorial Cienflores y Ediciones La Granada

Editores responsables: Maximiliano Thibaut y Raquel Robles

Ilustración de tapa e interiores: Diego Flavio Tripodi

Adaptación y corrección: Ana Flora Reig

Traducción del prólogo: Sergio Murias

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

Prólogo

En agosto de 1973, en el país más grande del mundo, la Unión Soviética, ocurrió un acontecimiento sumamente significativo.

Durante doce noches seguidas, casi no se registraron delitos callejeros en todo el país, el consumo eléctrico aumentó de manera sustancial y el consumo de agua disminuyó. La población soviética (desde médicos a ferroviarios, pasando por docentes y políticos) se sentó diligentemente frente a sus pequeños televisores blanco y negro.

Era la primera vez que se emitía en la televisión soviética una miniserie muy extraña sobre la Guerra (en la Unión Soviética, la “Guerra” era la Segunda Guerra Mundial, que en Rusia generalmente se la conoce como la “Gran Guerra Patria”).

En la serie no se veían ataques de tanques de guerra ni batallas navales. Lo que se mostraba, fundamentalmente, era gente amable y no tan amable, en su mayoría vestida con los uniformes negros de la SS. Y había también un agente secreto, sabio y justo, que a la vez era un hombre común, cercano al sentir del pueblo soviético.

La serie se llamaba “*Diecisiete instantes de una primavera*”, y el nombre del agente era Stirlitz. Pasaron más de cuarenta años, pero Stirlitz aún es querido y apreciado en la Rusia actual. Siguen apareciendo libros sobre este personaje, y se filman nuevos documentales. Es el protagonista de innumerables chistes, caricaturas y otras formas de la cultura popular.

El “Padrino” del James Bond soviético (con quien a menudo se lo compara a Stirlitz a pesar de las diferencias fundamentales en sus métodos de espionaje) es el famoso escritor ruso Semiónov. Yulián Semiónovich Semiónov (cuyo apellido real era Lyandres), como hombre de un destino extraordinario, puso en boca de su héroe buena parte de los pensamientos y las observaciones de su rica experiencia de vida.

La vida entera del escritor estuvo ligada a la historia de Rusia del siglo XX. Entró en contacto con la atmósfera de la “alta política” cuando, siendo un niño en la década del 30, se sentó en el regazo del propio Stalin.

Yulián Semiónov nació en Moscú en 1931. Su padre era editor del *Izvestia*, el principal periódico del país. Su madre era profesora de historia en una escuela.

Tras su graduación, Yulián ingresó en el *Instituto de Estudios Orientales* y comenzó a aprender lenguas orientales (tales como el pashtún y el dari, idiomas de los pueblos de Afganistán e Irán). En ese momento (corría 1952), su padre fue detenido injustamente por “asistir al saboteador trotskista Bujarín” que, por otra parte, había sido director de *Izvestia* en la década de 1930.

Esa fue una verdadera tragedia para Yulián, que en aquel momento tenía veinte años. De hecho, adoptó el nombre de Semión como seudónimo literario en honor a su padre. Inmediatamente, Yulián comenzó a luchar por su liberación. Escribió cartas y elevó reclamos, se entrevistó con numerosas personas, golpeó todas las puertas.

Trabajó descargando trenes en horario nocturno durante dos años para poder reunir el dinero necesario para enviar víveres a su padre. En el primer libro publicado del autor, *Agente diplomático*, hay una escena de un allanamiento policial que es enteramente autobiográfica.

El padre del autor, Semión Aleksandrovich, fue liberado en abril de 1954 con su columna vertebral dañada y parcialmente paralizada. Quienes lo conocieron decían que, a sus 47 años, ya era un anciano. Yulián Semiónov dedicó su novela más famosa, *Diecisiete instantes de una primavera*, a su padre.

A mediados de los 50, el futuro escritor comenzó a publicar relatos breves en diversos periódicos populares soviéticos de aquel momento: la revista *Ogonyok*, la *Literaturnaya gazeta*, y el diario *Smena*.

Se trataba en su mayoría de relatos de viaje en los que el autor narraba sus encuentros con personas interesantes: exploradores polares, geólogos, cazadores, trabajadores del bosque boreal.

A partir de ese momento, Yulián Semiónov comenzó a trabajar como periodista de noticias internacionales para los principales periódicos soviéticos.

Ejerció el periodismo hasta el fin de su vida, incluso después de haberse convertido en un escritor de renombre internacional. Ese trabajo a menudo le deparó aventuras en las que su vida corrió peligro.

Cazaba tigres en los bosques boreales, visitaba estaciones polares, relataba la construcción del ferrocarril Baikal-Amur y la apertura de la mina de diamantes. Estuvo siempre en el centro de los eventos más importantes de aquellos años: en Afganistán, en la España de Franco, en Chile, en Cuba, en Paraguay, persiguiendo Nazis que huían de las represalias, a los líderes de la Mafia

siciliana, y participando en operaciones de combate con las guerrillas vietnamita y laosiana.

A comienzos de los 60, algunos de los relatos del autor fueron llevados a la pantalla, y rápidamente lo convirtieron en uno de los escritores del género detectivesco más populares de la Unión Soviética.

Pero la verdadera gloria le llegó a Semiónov con una serie de novelas agrupadas bajo el título general de “Crónicas políticas”, cuyo hilo conductor era el personaje principal: el espía soviético Isaev-Stirlitz.

El agente aparecía en las páginas de la novela “No hace falta contraseña”, publicada por primera vez en 1966. Y todos los años que siguieron, hasta los últimos años de su vida, Semiónov fue reconstruyendo la biografía del personaje que había creado, hasta los inicios de su carrera en el servicio secreto. Stirlitz aparece en 14 obras escritas a lo largo de casi 25 años.

El verdadero nombre del héroe es Vsevolod Vladimirov. Nacido el 8 de octubre de 1900 en la región de Transbaikal, donde sus padres se encontraban como exiliados políticos. Allí se conocieron y se casaron. Su padre era Vladimir Vladimirov, un profesor de derecho de la Universidad de San Petersburgo, revolucionario profesional, que una vez discutió con Lenin. Su madre era la ucraniana Olesya Prokopčuka.

Vsevolod Vladimirov comenzó su carrera como cadete en el servicio de prensa del líder de la guardia blanca Kolchak, bajo la identidad del capitán Maxim Isaev. La leyenda del aristócrata Max Otto von Stirlitz surgió cuando fue enviado a Alemania en 1933 tras la llegada al poder de Hitler.

El famoso director de cine soviético (y también amigo íntimo del autor) Roman Karmen hizo la siguiente reflexión acerca del amado héroe de Yulián Semiónov, Isaev-Stirlitz:

“En cada novela, Semiónov traza la evolución de Maxim Isaev y su maduración como comunista, luego como soldado y más tarde antifascista. Vemos a Isaev-Stirlitz durante la Guerra Civil Española; en la época de los combates en las cercanías de Huesca y Haram. Mikhail Koltsov y yo conocimos a esos Stirlitz: los que se enfrentaron a los Nazis en la primera batalla. El lector sigue los acontecimientos que ocurrieron durante la perturbadora primavera de 1941, cuando Hitler lanzó la guerra contra Yugoslavia. La novela “Alternativa”, escrita por Yulián Semiónov en Belgrado y el Zagreb, presenta muchos de los detalles hasta ese entonces desconocidos de la compleja estructura política de la época; vemos a Stirlitz a

principios de la Segunda Guerra Mundial, lo vemos en Cracovia, destruida por los Nazis, comprendemos la contribución de Stirlitz al rescate de esta maravillosa ciudad, cuando asistía al grupo del mayor Vihr, seguimos la tarea más peligrosa de Stirlitz durante esos “diecisiete instantes de una primavera”, que tuvo un significado tan trascendental para el destino del mundo en los últimos meses de la guerra, cuando yo era periodista gráfico en el frente, acompañando a nuestros soldados por los caminos del derrotado Reich”.

En 1969, el escritor finalizó la novela más popular de la serie: *Diecisiete instantes de una primavera*, en la cual se basó la miniserie televisiva soviética, dividida en 12 episodios, que llevó la imagen de Stirlitz a la fama mundial y al afecto del público, filmada en 1973 bajo la dirección de Tatiana Lioznova.

Stirlitz era interpretado por uno de los actores más famosos del cine soviético, Vyacheslav Tikhonov, e inmediatamente se convirtió en un héroe popular, el favorito del público, y el protagonista de numerosos comentarios. Su nombre se convirtió en apelativo en la cultura soviética, utilizado para referirse a alguien sutil, con habilidades para la conspiración y, lo más importante, con mucha suerte. Era, y es, admirado tanto por los adultos como por los chicos, que imitan al personaje en sus juegos.

La magnífica actuación de todas las estrellas favoritas del cine soviético (Leonid Bronevoy, Oleg Tabakov, Rostislav Plyatt, Eugen Evtisgneev, Lev Durov), sumada a una historia atrapante, hacen de esta miniserie una verdadera obra maestra del cine mundial.

Por su parte, la novela, sobre la que se basa la miniserie, está construida como un documental. Detrás de cada renglón de la biografía y las actividades del Coronel Maxim Maksimovich Isaev hay personajes concretos del espionaje soviético que luchaban contra el fascismo. Hoy, muchos de sus nombres están desclasificados.

A Yulián Semiónov una vez le preguntaron en una entrevista:

—“¿Qué pretende darle usted al lector en primer lugar?”

Y este respondió:

—“*Información. Los libros políticos, ya sea que pertenezcan al género de aventuras o al detectivesco, deben ser lo más fieles posibles a los documentos. El afán humano por obtener información es increíble. Cuanto más fieles somos a los documentos, más informamos a las personas. Por otra parte, quisiera destacar que informar es un concepto complejo. Por ejemplo, creo que Gustave Flaubert*

efectivamente informaba a la opinión pública europea acerca del destino de la mujer francesa del siglo XIX mejor que nadie, dándole el nombre de Emma Bovary. Uno debe saber dónde, cuándo, quién. Solo así podemos llegar al corazón, a la conciencia de las personas. Luego las personas responden. Las personas informadas no son sordas ni ciegas. Es por eso que la búsqueda de documentos que confirmen mi punto de vista es tan importante para mí.”

En el éxito de la novela tuvo mucho que ver el hecho de que Yulián Semiónov fue el primer escritor de la Unión Soviética al que se le permitió tener acceso a los archivos clasificados del servicio secreto más famoso del mundo: la KGB.

La razón era muy sencilla: al todopoderoso Director de la KGB Yuri Andrópov (quien, inclusive, más tarde conduciría la Unión Soviética) le agradaba la creatividad del joven escritor, e invitó a Semiónov a interiorizarse de algunos casos interesantes de los archivos de la KGB que podrían ser material para futuras novelas.

En uno de los archivos del Extremo Oriente, el escritor se encontró con la historia de un misterioso joven oficial de inteligencia, asignado por el Director de la Cheka (la primera organización de inteligencia soviética) Félix Dzerzhinsky, a una misión secreta en Vladivostok, ciudad al extremo oriente, ocupada por los japoneses a comienzos de la década de 1920.

Sin embargo, la imagen de Stirlitz creada por Yulián Semiónov también combinaba características de espías soviéticos que luego se volvieron famosos, tales como Kuznetsov, Sorge, Abel, y de otros.

La trama de la novela *Diecisiete instantes de una primavera* se basaba en hechos reales de la Segunda Guerra Mundial, cuando oficiales alemanes intentaron lograr acuerdos secretos con los representantes de las agencias de inteligencia occidentales a fin de lograr la paz de manera paralela (la llamada “Operación Amanecer”).

En febrero de 1945, cuando trabajaba para la contrainteligencia nazi (con grado de Standartenführer, que equivale aproximadamente al de Coronel), el Centro en Moscú asigna a Stirlitz la misión de descubrir a esos líderes del Reich que llevaban adelante negociaciones paralelas con Occidente.

Yulián Semiónov conoció personalmente al menos a uno de los protagonistas de los hechos reales, un empleado de la residencia en Berna del famoso espía estadounidense Allen Dulles—Paul Blum.

Desde al menos 1942, habían existido contactos secretos entre líderes políticos, militares y empresariales del Tercer Reich y de Gran Bretaña y los Estados Unidos, quienes debían lograr un armisticio con los países occidentales de manera paralela, cosa que preocupaba mucho a Moscú.

Desde 1943, cuando Allen Dulles estaba al frente del Centro Europeo para la Oficina de los Estados Unidos de Servicios Estratégicos en Suiza, esos contactos se intensificaron. Los estadounidenses les adjudicaron mucha importancia: la manera en que pudiera concluir la 2da Guerra Mundial en Europa tanto en el frente occidental como en el oriental influiría considerablemente en el balance de poder entre la URSS y sus aliados occidentales en la posguerra.

Dulles siempre sostuvo que, para debilitar la posición de la URSS como futuro oponente, era aceptable y conveniente que los Estados Unidos logaran la paz con Alemania de manera independiente antes de su derrota total. El bando germánico también buscaba la paz con Occidente por distintas vías, entre ellas el Ministro de Asuntos Externos Ribbentrop, Himmler, director de las SS y Kaltenbrunner, director de la RSHA [*Reichssicherheitshauptamt*, la Oficina Central de Seguridad del Reich].

En marzo de 1945 se celebraron dos reuniones entre Dulles y el General Wolf, uno de los líderes de la SS. En particular, se discutió sobre la rendición del grupo alemán en Italia, donde Wolf ejercía una poderosa influencia sobre la cúpula del ejército. Estas reuniones fueron descubiertas por el gobierno soviético, pero el pedido de la Unión Soviética de invitar a sus representantes fue desoído.

Stalin acusó frontalmente a los aliados de complotar con el enemigo a espaldas de la URSS, que cargaba con la parte más pesada de la guerra. El conflicto llegó a su fin en abril de 1945, después de un intercambio de ásperas cartas entre Stalin y Roosevelt. Dulles recibió la orden de interrumpir el contacto con Wolf.

Las negociaciones continuaron con la participación de la URSS, y concluyeron con la rendición de Alemania, firmada el 29 de abril en presencia del representante soviético pero, formalmente, esta vez se trataba de un ejército frente a otro ejército, no de un miembro de un servicio de inteligencia frente a un representante de la SS.

En la novela, sin embargo, estos hechos históricos se combinan talentosamente con la ficción. En la versión de Semiónov, fue la compleja intriga urdida por Stirlitz la que desbarató las negociaciones secretas.

Pero no es solo una intrincada trama urdida con habilidad lo que hace interesante a “Diecisiete instantes de una primavera”.

Esta novela (luego convertida en miniserie de TV) recrea magistralmente la atmósfera de los últimos meses del régimen Nazi (por otra parte, el escritor había visto la Berlín reducida a ruinas en su infancia, cuando viajaba a visitar a su padre, que trabajaba allí como corresponsal de guerra en 1945).

Plagada de información histórica interesante, esta obra maestra se fijará en la memoria del lector por sus famosas digresiones líricas y filosóficas, en las que Stirlitz ciertamente actúa como una suerte de filósofo ético y social.

Muchos protagonistas de la novela y de la miniserie se transformaron en personajes famosos de la cultura popular rusa (como Müller, director de la Gestapo). Después de ver la miniserie, el entonces Secretario general del Partido Comunista Leonid Brezhnev ordenó inmediatamente a sus asistentes que encontraran al tal Stirlitz y lo recompensaran generosamente. Le explicaron que Stirlitz era un personaje de ficción. “Una lástima”, se lamentó.

Pero Yulián Semiónov no era de esas personas que se duermen en los laureles.

En todos los años siguientes, las novelas de este ciclo en las que figuraba Stirlitz aparecieron una tras otra: *Versión española* (1973), sobre el trabajo de Stirlitz en España en 1938; *Alternativa* (1974), en la que la acción se centra en Yugoslavia en la primavera de 1941; y *Tercera carta* (1977), en la que Stirlitz recibe un encargo de la Central consistente en comprometer a los nacionalistas ucranianos frente a los líderes nazis a comienzos de la Gran Guerra Patria.

En la década de 1980, el ciclo continuó con las novelas *Orden de sobrevivir* (1982), sobre los últimos días del Tercer Reich, en mayo de 1945; y tres novelas de la serie *Expansión* (1984-1987), referidas al trabajo de Isaev-Stirlitz en Europa y América Latina después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

En 1988 se publicó la última novela del ciclo, *Desesperación*, marcada por la tragedia del retorno del espía a la URSS de posguerra tras el éxito de su misión consistente en descubrir a los criminales nazis refugiados en Argentina.

A pesar de ello, al volver a su patria no lo esperaban premios sino nuevas pruebas. A su regreso, es enviado al gúlag, donde solo la resistencia y el

profesionalismo de un verdadero agente secreto le permiten sobrevivir.

En aquellos años, se imprimieron más de 100 millones de copias de la serie en todo el mundo, traducida a más de 25 idiomas.

La imagen del agente soviético creado por el autor se convirtió en un verdadero patrimonio nacional, y hasta al mismo Semiónov a menudo se lo apoda con humor Yulián Stirlitz-Semiónov.

Yulián Semiónov se divertía con la popularidad de su creación: a menudo, en tono de broma se refería a su casa en el pueblo de Oliva, en Crimea, como “mi villa Stirlitz”.

Nos produce un gran placer publicar esta primera edición ilustrada de la novela “Diecisiete instantes de una primavera” en Argentina.

Yulián Semiónov trabajó allí como periodista en los 70 y 80. En ese país, al que conoce y ama, se desarrolla la acción de sus últimas novelas protagonizadas por Stirlitz (de la serie “Expansión”). El agente soviético trabaja como instructor en un centro de esquí en Bariloche, mientras persigue a Müller, refugiado en Chile.

Confiamos en que los lectores argentinos apreciarán el estilo artístico del escritor ruso Yulián Semiónov y pasarán varias horas placenteras, inmersos en la sociedad y en los héroes literarios que surgieron de su imaginación, y acaso se verán atraídos por el resto de su obra.

Con afecto y respeto desde la lejana Rusia,

Olga Semiónova
Sergei Staféev

A manera de Prólogo

Ternura

*Dedicado al artista del pueblo de la República
Federativa Rusa, Viacheslav Tijonov.*

«¿Por qué corre ella así? Son viejas las baldosas, están mal colocadas, se torcerá un pie», pensaba Isaiev asustado, observando a Sashenka, que corría a lo largo del andén de la estación Kasanskaia. Incluso frunció el ceño, porque imaginó su caída y le pareció terrible. Nada hay tan ofensivo como una mujer joven y bella cayendo en plena calle.

«No tiene por qué correr así —pensó de nuevo—. De todos modos, ya estoy en casa».

Rosa también corría así, asustada, por la oscura calle de Cantón; la perseguían dos hombres, uno le tiró una botella que le dio en el cuello. Rosa cayó sobre el asfalto y Maximin Maximovich sintió que se le enfriaban las palmas de las manos: primero se enfriaba la piel, después se entumecía, y cuando la sangre brotaba notaba en las manos un calor insoportable.

—¡Ahora! —gritó a Sashenka—. ¡Espera! ¡Detente! ¡No corras así! ¡Detente, Sashenka!

—Lo que necesita es una mujer. Una buena mujer. ¿Le gustan flacas o como las de Rubens?

—No me gusta jugar a la psicoterapia, doctor. No estoy enfermo. Todo el tiempo tengo ganas de dormir, pero cuando me acuesto, el sueño no llega. Me siento cansado. Las mujeres no ayudan.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces es que no ha encontrado su pareja. Algo en ellas le habrá irritado. La mujer tiene que ser armoniosa, y eso a usted lo debe cansar; la armonía cansa mucho... Obsérvese en un museo: ya después de la tercera sala le entran unas ganas insoportables de dormir, pero tratando de no parecer un nuevo rico, mira usted los cuadros con ojos desorbitados y se está largo rato leyendo los

nombres de los pintores en las placas metálicas para salvarse de los bostezos. ¿No es cierto?

—Me gusta la pintura.

—¿Qué quiere decir? ¿Es usted una excepción? ¿No bosteza en los museos?

—No bostezo.

—Es anormal. A todo el mundo le entra sueño en los museos. Usted dice: «No soy psicópata». Pero, en mayor o menor grado, todos somos psicópatas, aunque algunos saben fingir.

«Tengo que soportar una semana más —pensó Isaiev—; dentro de una semana me meteré en un barco, me dormiré en seguida y acabará este horror. Pero tendrá que recetarme algo fuerte, porque de otro modo no aguantaré, sé que no aguantaré...»

—En la farmacia inglesa me dijeron que había llegado un «preparado del sueño», que es una garantía contra el insomnio.

—¿Y usted cree aún en garantías?— El doctor lanzó una carcajada y, levantándole el párpado izquierdo, echó su aliento de borracho sobre la cara de Isaiev—. Mire hacia abajo. Hacia mí. A la izquierda. Ahora a la derecha.

«Moscú huele distinto, huele a tilos en flor —se dijo Isaiev—. En otoño también huele a tilos en flor, si uno va al bosque por la mañana temprano cuando el campo parece una cortina de brocado que cubre el cielo y hay que pintarlo de una manera dura y precisa, sin adornos y sin tratar de embellecerlo aún más... Es posible que aquí huelo a tilos en flor, porque ha llovido recientemente y el andén es negro y está resbaladizo, hinchado por las aguas primaverales; caerse en ese andén no es vergonzoso: uno resbalaría sobre él como lo hacía en la infancia por el montecillo de hielo de diciembre, y no habría ningún desamparo ni humillación en ello, pero que no caiga Sashenka. Por lo visto, lo ha comprendido. Me está mirando, camina más despacio, la locomotora resopla con más lentitud y ya es posible saltar al andén; aunque no, no hay que darse prisa; es decir, sí hay que darse prisa, aunque me acuerdo demasiado bien del cuento de Kuprin en el que un ingeniero, que se apresuró por ver a su familia, cayó bajo las lentas ruedas del tren en el momento en que sólo faltaban los dos últimos minutos, los más largos y superfluos de todo el camino... ¡Oh, cómo la quiero! Pero la quiero como estaba en aquel momento en el muelle de Vladivostok, asustada, mía, hasta la última gota, mía; toda ella al descubierto, y me pertenecía, y todo lo sabía de antemano: cuándo estaba

triste y cuándo reía, y ahora han pasado cinco años y es la misma, pero tal vez completamente distinta, pues yo soy otro, y... ¿cómo la pasaremos juntos? Dicen que las separaciones son la “prueba” del amor. No se trata de contraespionaje: es el amor. Aquí todo lo determina la confianza. Si tratásemos alguna vez de probar el amor como lo hemos aprendido a hacer con la lealtad, se produciría una traición, más terrible que la de una noche casual de ella con alguien o la de una mujerzuela ocasional conmigo.

«¡Tren, detente! ¡Tranquilízate! ¡Cobra aliento! Ya hemos llegado. Detente».

El doctor abrió los dedos, y sólo en ese instante sintió Isaiev dolor en el párpado.

—El preparado del sueño —dijo el doctor, encendiendo un largo habano— lo hace, en Cantón, Israel Mijailovich Rudnik. Como nuestro sistema estatal, pasado y actual, provoca desconfianza crónica en todo el mundo civilizado, Rudnik envasa su invento en cajitas inglesas. Se las han hecho aquí, en Shanghai, y todo el mundo las compra como rosquillas. Lo más asombroso es que la gente de Ioffe, del Consulado general, ha comprado un gran lote del «preparado inglés». Parece que en el Kremlin hay alguien que no puede dormir.

«Pues yo me dormiría aquí —pensó Isaiev—. En la consulta de los médicos, si uno no tiene cáncer, se siente la tranquilidad de lo inmortal. Las ilusiones son la garantía más segura del bienestar humano. Por eso al cine lo llamaban “la gran ilusión”. Deberían hacer películas sobre la felicidad; pero no, siempre filman desgracias, siempre sufrimientos».

—¿Le gusta la miel?— preguntó el doctor sentándose a la mesa— ¿La de tilo, o la miel blanca?

—Solamente a los tontos no les gusta —contestó Isaiev—. Pero yo soy pragmático, doctor. No creo en curaciones con miel, hierba y paseos. Creo en las pastillas.

—Excelentísimo señor, un verdadero galeno se parece a una ramera del puerto; ya que usted me paga, estoy dispuesto a cumplir cualquiera de sus deseos. ¿Quiere píldoras? Pues en seguida lo arreglaremos. Pero si lo que quiere es dormir, miel, paseos y hierba.

—¿Raíz de valeriana, hierbabuena y un poco de salvia?

El doctor miró a Isaiev por encima de las gafas. Cuando miraba a través de ellas, sus ojos parecían muy grandes, como los de una mujer encinta y, al

mismo tiempo, vigilantes.

«La medicina será impotente hasta tanto la Humanidad no acabe con la mentira —pensó Isaiev—. Le estoy diciendo mentiras. Hablando con más exactitud, no le digo la verdad. Si le hubiera dicho que no puedo dormir porque espero el regreso a casa, allí, entre los míos, no necesitaré ningún remedio; y que el insomnio comenzó hace un mes, porque Walter me habló de la próxima salida (no se puede hablar a un hombre de felicidad si no es posible ofrecérsela en seguida), entonces sabría él dónde radica la causa de mi insomnio».

—Buenos días, mi amor...

—Maximushka... Maxim Maximich... Maxim...

—Buenos días, Sashenka ¿Cómo estás?

«¿Qué estoy diciendo? Las palabras están gastadas como monedas ¿Eran acaso esas palabras las que le había dicho todos aquellos años, cuando soñaba con ella? ¿Por qué nos avergonzamos de expresarnos? ¿Es sincero el hombre sólo cuando habla consigo mismo, en secreto y sin emitir sonido alguno?»

—¡Qué raro! Preguntaste «¿Cómo estás?» ¿Por qué me lo preguntas, Maxim?

—Siempre me pareció que tenías ojos grises y ahora veo que son azules.

—¿Por qué no me besas?

¡Qué labios tan suaves y tiernos tiene...!

Seguramente, sólo las mujeres que aman tienen esos labios dóciles, que se esfuerzan por callar y no pueden callar, ni tampoco hablar; por eso tiemblan todo el tiempo y tienes miedo de que digan lo que tanto temes oír; por eso, bésalos, Maxim, besa esos labios secos, suaves, y no mires su cara, ni trates de comprender por qué cierra los ojos y tiene lágrimas en las mejillas. ¿Tal vez con ellas se va la desgracia? ¿Quién es culpable de su desgracia? ¿Tú? Tú ¿Quién más? Tú la dejaste durante estos cinco largos años; no la pudiste encontrar, aunque la buscaste; no le escribiste ni una sola vez una sola palabra. ¿Quién más puede ser culpable de su desgracia? *Su* desgracia... Nuestra desgracia, o, más exactamente aún, *mi* desgracia. Porque yo puedo perdonar, pero nunca olvidar...

—¿No ha tenido sífilis? —le preguntó el doctor. —Entonces le tranquilizaremos la «cabeza» con mercurio... Durante la epidemia de tifus, muchos contrajeron sífilis y no lo sospechan. Hace poco hicimos una autopsia

curiosa: destripamos al coronel Rosenkranz... Se creía que se trataba de una apoplejía; bebía mucho, pero en la «cabeza» le encontramos un tumor sífilítico de tercer grado. Sus hijas están en edad de casarse. Y aquí tiene un problema para una mente ágil: ¿Dónde está la frontera entre la moral y el deber? Tenemos que obrar de manera inmoral: llamar a las muchachas para hacerles un reconocimiento. Los chinos y los ingleses insisten. Shanghai —dicen— es el puerto más limpio de China. Rosenkranz, antes de morir, no pegó un ojo durante tres semanas; se desgañitaba. Pensábamos que tenía el síndrome de la resaca y que le había subido la presión. Pero no... no le hablo de sífilis por casualidad.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Veinticinco dólares. Para la leche de los pequeños y la avena, que acaba de subir de precio. Hace un año cobraba quince, pero ahora estoy acumulando papelitos verdes. Quiero irme a Australia, allí no hay tanto color amarillo, casi no hay ningún compatriota, tampoco muchos médicos... Entonces ¿qué pildoritas vamos a tomar? ¿Las inglesas de Cantón, o las de Israel Mijailovich? ¿O prefiere la miel con agua por la noche y un paseo hasta que le brote el sudor en la espalda?

—Deme las píldoras.

...Tacatata, tacatata. El golpear de los cascos como una música. La mata de pelo del cochero es ondulada, color trigo.

—Ahora empezará a cantar —susurró Sashenka—; cuando venía para acá, cantaba muy bien.

—¿A lo largo del río, a lo largo de Kazanka?

—No ¿Por qué estás sentada hasta la medianoche en la ventana abierta...?

—¿Por qué estás sentada, por qué te angustias? ¿A quién, bella, esperas? Ni un solo transeúnte en la calle. ¡Qué raro!

—No, Maximushka, allí hay gente ¿Ves cuántos son?

—No veo a nadie, ni oigo nada...

—¿Oyes el tacatata, tacatata?

—Dame tu mano. No, la palma. La tienes más suave que antes... Me gustan mucho tus manos ¿sabes? Me despertaba por la noche, sentía tus manos en mi espalda y tenía miedo de abrir los ojos, aunque sabía que tú no estabas a mi lado... Fue terrible. A veces veía a mi padre vivo, alegre, y de repente me

abrazabas y sentía las líneas que tienes en las palmas y tus dedos tiernos, largos, de yemas suaves, secas y calientes... ¿Me sentías tú también en los sueños?

Tacataca, tacataca...

—¿Sabes qué más cantaba, Maximushka?

—Cantaba *Vuelan los patos, vuelan los patos y dos gansos*.

—¿Por qué no me contestas, Sashenka?

—No sé qué decirte, querido mío...

—¿Es usted de Petersburgo, o un personaje de la capital? —preguntó con interés el doctor Petrov, guardándose el dinero en la cartera verde y ajada.

—Del Báltico.

—¿Letón?

—Casi...

—Habla muy bien el ruso.

—Mezcla de sangres.

—Un hombre feliz. No importa cuál, pero es una patria. ¿Por qué no se va a Revel?

—No me sienta el clima —contestó Isaiev, guardándose la receta en el bolsillo.

—¿Llueve mucho?

—Sí, mucha humedad, y el tiempo cambia cinco veces al día.

—Aunque en Petersburgo cambiara el tiempo cien veces al día —suspiró el doctor—, y no me llamaran más que con el meñique, correría cerrando los ojos, correría.

—Ahora ya dejan entrar.

—He perdido la fe. Primero era «maten al burgués», después, «aprendan del burgués». Antes, unos impuestos rigurosísimos, y ahora, «enriquézcanse»... En general temo a los niños, mi querido señor; hacen mucho ruido, son crueles y egoístas. ¿Y si los niños, además, dirigen un Estado? Cuando impriman las leyes en bronce, cuando aprendan a cumplir los compromisos, cuando se hagan europeos... Esto sólo será posible en la tercera generación: cuando el hijo de la cocinera termine sus estudios universitarios. El nieto de la cocinera dirigirá el Estado. Creo en eso: disminuirán las emociones y los amaestrará el progreso. Mi difunto suegro ¿sabe? tenía pasaporte británico, pero era ruso;

tenía la nariz como una patata y se atracaba de tortas y caviar que agarraba con las manos. Pero cuando llegaba a Petersburgo, casi lo recibían con salvas de cañones. Nos gustan los extranjeros, somos respetuosos con el forastero... Obtendré un pasaporte en Australia, cambiaré mi apellido Petrov por Peterson, y entonces volveré y entraré en caballo blanco. Cuando diga: «Tómalo, sírveme, vete al diablo», me perdonarán. A un extranjero se le perdona todo...

En la calle, Isaiev sintió náuseas, y ante sus ojos se elevaron dos grandes círculos verdes. Eran iridiscentes, vacilantes como los círculos alrededor de la Luna durante los fríos navideños en la Rusia sin bosques. «Así era la Luna, cuando iba con papá de Orsk a Orenburg —recordó Isaiev—. Me llevaba en las rodillas, y pensaba que yo dormía, pero continuaba tarareando la canción de cuna: *Duerme, mi bien, duerme, mi bien, en la casa se apagaron las luces, los pájaros se durmieron en el jardín, los pececitos se durmieron en el estanque, duerme...* Después tarareaba la melodía, porque memorizaba mal los versos, y de nuevo comenzaba a susurrar lo de los pájaros dormidos en el jardín... Si estuviera vivo, seguramente podría dormirme ahora, me obligaría a oír su voz y sabría que existe en el mundo una persona que me espera. No me volvería loco a causa de la espera, ni por la fe o la falta de fe, la esperanza y la desesperación».

El farmacéutico, dando la vuelta a la receta del doctor Petrov, suspiró.

—Le doy la última cajita, Sir. —El viejo chino hablaba un inglés de Oxford que a Maxim Maximovich le pareció algo vacilante e iridiscente, como los círculos que tenía en sus ojos, algo irreal y cómico—. Es un preparado maravilloso, una combinación de la medicina tibetana, nacida de la comprensión del gran misterio de las hierbas, y la farmacología moderna europea.

—¿Dónde aprendió inglés?

—Trabajé durante treinta años como criado en casa del doctor Woods.

—¿Qué edad tiene?

—Todavía soy relativamente joven —sonrió el farmacéutico—. Sólo tengo ochenta y tres años; para un chino es la edad de la «naciente sabiduría».

—¿Y cuántos me echa a mí? —preguntó Isaiev, llevándose a la boca una píldora de la cajita del «preparado del sueño».

—Me es difícil decirlo —contestó el farmacéutico—. Todos los europeos me parecen asombrosamente iguales... Es la misma cara... Tendrá usted cuarenta

y cinco años ¿no?

—Gracias —dijo Isaiev y se tragó otra píldora—. Gracias. Se ha equivocado en dieciocho años.

—¿Acaso tiene más de sesenta?

—No. Tengo veintisiete.

—¿Tu ventana está en el quinto piso y tiene cortinas azules?

—¿Cómo lo sabes, Maximushka?

—Ya lo ves...

—¿Alguien te lo escribió?

—Nadie me lo escribió. Pero estas cortinas las hiciste en Vladivostok, cuando me mudé de Gnloi Ugol a Poltavskaia; cortinas azules con lunares blancos y fruncidos a los lados.

—Fruncidos. Nunca te oí esa palabra, y me daba vergüenza pronunciarla en tu presencia.

—¿Por qué, Sashenka?

—No lo sé. Nosotros nos inventamos el uno al otro. Conocemos algo de este ser inventado, otro algo lo ignoramos y, poco a poco, nos vamos olvidando del que empezamos a amar, nos volvemos a nosotros mismos, y el agua coge su nivel. Al hombre que se quiere hay que temerle un poco: por si se va, por si se enamora de otra; las mujeres son tontas, quieren amurallar al hombre con falta de libertad, y después ellas se cansan de la tranquilidad, como los vencedores en las luchas del circo.

—¿Qué escalera tan oscura!

—Los niños quitan las bombillas.

—¿Por qué hablas tan bajito?

—Te tengo miedo.

—Cerveza, por favor. Rubia. Fría. Muy fría.

El propietario del pequeño bar alemán le sirvió la cerveza a Isaiev. Casi siempre se sentaba a su mesita y hablaban de Alemania: Karl Nitche era oriundo de Munich, donde Maxim Maximovich había vivido cinco años con su padre.

—Con este calor, lo mejor es tomar la cerveza algo caliente, mi querido Max. Se le puede enfriar la garganta si la toma helada con este calor ¡Qué mala cara tiene! ¿Está enfermo?

—Sano como un toro, Karl. Un poco cansado.

Dos muchachotes se sentaron junto a la escalera que conducía al sótano y gritaron como cupletistas, a dos voces:

—¡Camarero, cerveza!

—Son rusos —susurró Karl—. Ahora pedirán vodka y pan negro... Los rusos, aunque delgados, jóvenes y educados, son puercos. Perdona un momento...

Se levantó de la mesa y gritó hacia el sótano, apoyándose en el pasamanos de la escalera:

—¡Dos cervezas, rápido!

«Sería interesante saber si estos muchachos me han sorprendido en la farmacia o han esperado que saliera de lo del médico —pensó Isaiev—. Seguramente, me esperaban cerca de la casa del médico. Pero no he notado que me siguieran. Mal asunto, pero que muy malo...»

«Cree que estoy dormido —se dijo Isaiev—. También a ella la engaño con mi respiración acompasada, con mi mano pendiendo de la cama y el cuello estirado... Me veo desde fuera incluso cuando duermo ¡Qué horror! Y si le digo que me doy cuenta de que está a mi lado, de que me mira a la cara, de que veo temblar la venita azul de su cuello, de que se cubre el pecho con el brazo izquierdo, y cuánto dolor veo en sus ojos, me consideraría el último canalla, porque creería que la estoy mirando a través de los párpados semicerrados. ¿Tal vez la miro a través de los párpados semicerrados? No. Mis ojos están cerrados; simplemente la veo porque estoy acostumbrado a sentir todo lo que está cerca de mí. Yo pensaba que esto me ocurriría solamente allí, detrás de la frontera; pensaba que en casa todo esto desaparecería y me convertiría de nuevo en un hombre común, como todos, y no sentiría esta constante tensión interna. Pero, por lo visto, es imposible y siempre seré así: alguien que sólo cree en sí mismo y en dos enlaces: Rosa y Walter, en nadie más. Tengo que engañarla, tengo que volverme torpemente y abrir los ojos, pero no de pronto, para no asustarla, sino poco a poco: primero estirarme, después empezar a murmurar algo y, por fin, de un tirón, sentarme en la cama y abrir los ojos. Así tendrá tiempo de

cubrirse con la sábana. Sin duda se tapaná con la sábana y se secará los ojos, porque está llorando».

Últimamente, Isaiev vivía en un hotel cerca del puerto, y todas las ventanas de su cuarto daban al muelle. Se pasaba horas apoyado en el alféizar mirando los barcos de Rusia. Al principio, se paraba junto al muelle donde atracaban los buques soviéticos; pero después de haber visto a su lado a dos mozos de la Unión de Liberación que simulaban contemplar los barcos sólo cuando él advertía su presencia, dejó de ir al puerto. «Cuídate, que Alguien te cuidará», le decía el cazador Timoja, temiendo pronunciar el nombre de Dios en vano, porque los rojos «no entienden nada de eso y, además, se ríen».

A pesar de que los jóvenes del contraespionaje blanco habían empezado a seguirlo, Isaiev había transmitido en varias ocasiones a Dzerzhinski el informe de que los emigrados de Shanghai —y, por supuesto, los de Dairen— no eran ya una fuerza real y que esos juegos a complots, chequeos y planes a largo plazo no eran sino un medio de conseguir dinero para alimentar a sus familias. Los más listos se dedicaron al comercio, y los más ricos se fueron a los Estados Unidos; en la política, en el «movimiento de liberación», quedó gente desgraciada, condenada, tontos que cifraban sus esperanzas en un milagro: la explosión interna, la guerra en Occidente, la intervención desde Oriente. Los emigrantes políticos reunían dinero en míseras cantidades, mandaban emisarios, unas veces a Tokio y otras a París, pero los echaban de todas partes. Moscú ofrecía concesiones: esto era una ventaja real y no quimérica. Los emigrantes eran mirados como parientes pobres que molestan y a los que no se les puede echar, pero tampoco se les puede dar dinero: acabarían por malcriarse definitivamente.

Sin embargo, Dzerzhinski criticó fuertemente a Isaiev.

—Hay que analizar con más profundidad y amplitud —replicó—. La situación es tal, que la emigración no conviene en modo alguno a los gobiernos de Europa y, además, está internamente dividida. No obstante, si en el mundo aparece una fuerza extremista organizada y dirigida, la emigración encontrará el apoyo más amplio. Los contactos de Savinkov permiten señalar que esa fuerza será la de los fascistas de Mussolini, y los nacionalsocialistas de Hitler, que lo siguen.

—¿Enciendo la luz, Maximushka?

—Pero aún se ve ¿no?

—Sí. Pero a mí me parece que ya es de noche.

—Ven, Sashenka...

—¿Tomarás té?

—Ven a mí...

—He calentado el agua en el hervidor ¿No quieres lavarte, después del viaje?

—Quiero que te acerques a mí, Sashenka.

«Me parte el corazón su modo de mirarme. Se ha puesto los brazos en el pecho, como si rezara. Niña, amor mío, qué miedo he sentido por ti durante todos estos años...! No me mires así. Estaré callado. No preguntaré nada de nada. Tampoco me preguntes. No debemos humillarnos con la mentira».

Después de la muerte de Dzerzhinski, a Isaiev le pareció que lo habían olvidado. Dirigió a la Lubianka ocho cartas cifradas pidiendo permiso para ir a Moscú: sus nervios se resentían. No había respuesta. Pero, un mes antes, Walter le había transmitido la orden de que se alojara en ese hotel y esperase la llegada de nuevos documentos para salir de China, y todo el mes lo había pasado insomne, andando por la ciudad hasta sentir mareos o náuseas; se sentaba en el banco de un parque, cerraba los ojos, se hundía en una pesada modorra de diez minutos y, entonces, le parecía como si alguien le diera un golpe en la cabeza: «No duermas! ¡Abre los ojos! Tienes que resistir una semana más ¡No duermas!»

...Isaiev estaba sentado en el alféizar, viendo cómo la penumbra invadía la ciudad. Esperaba, al fin, sentir deseos de dormir, pero mientras más se acercaba el día de la partida, más terrible le resultaba volver a la habitación. Los cinco años pasados en Shanghai, Cantón y Tokio se encarnizaban ahora con un frío interior y una constante sensación de estremecimiento y miedo. Lo mismo le ocurría en la infancia, cuando planeaba con su padre ir a Grenoble y estaba esperando el viaje todo el año como una fiesta a la vez que se preguntaba: «¿Y si luego no hiciéramos el viaje?» Esperaba sin cesar tener ganas de acostarse y de estirarse hasta que los huesos crujieran, con los brazos debajo de la cabeza, viendo la cara de Sashenka cerca, muy cerca, y dormirse después, y despertarse cuando sólo faltaran cinco días para la partida.

—Te quiero mucho, Maxim; tal vez sólo ahora he llegado a comprender cuánto te quiero...

—¿Por qué sólo ahora?

—Porque se espera lo soñado, pero se quiere lo nuestro.

—¿No es al contrario?

—Tal vez sea al contrario. Ahora no tenemos por qué hablar, querido. Estamos diciendo tonterías como si jugáramos al escondite. Déjame quitarte la corbata, agáchate.

«Antes no sabía quitarme la corbata», pensó Isaiev, y tomó entre sus manos los dedos helados de ella y se los apretó.

Llamaron a la puerta suave y cautelosamente; pero como el pasillo estaba cubierto por una gruesa alfombra que ahogaba los pasos, la suave llamada se oyó como un trueno. Maxim Maximovich, llevándose la pistola al bolsillo de la chaqueta, dijo:

—Adelante.

Walter vestía un traje de dril blanco, manchado con gotas de vino tinto.

—Toma —dijo alargando el sobre—, para ti. —Su resonante dialecto bávaro resultaba hoy especialmente brusco.

En el sobre estaba el pasaporte alemán a nombre de Max Otto von Stirlitz y el billete de primera clase para Sidney.

Walter cerró los ojos y empezó a hablar. Memorizaba fácilmente los datos cifrados después de apuntarlos dos veces en varias hojitas de papel.

Camarada Vladimorov: entiendo la magnitud de sus dificultades, pero la situación es tal que no tenemos derecho a aplazar para mañana lo que podemos hacer hoy. La documentación que le enviamos «para Stirlitz» es totalmente segura y le ofrece la posibilidad, dentro de dos o tres años, de infiltrarse en las filas de los nacionalsocialistas de Hitler, quien ha publicado hace poco su programa de acción: Mein Kampf. Nuestros hombres le encontrarán en Hong-Kong, «Hotel Londres», habitación 96, reservada a nombre de Stirlitz, y le entregarán fotografías, álbumes familiares y cartas para usted, de Stirlitz padre. El trabajo de aprenderse la historia le llevará diez días. Menzhinski.

—Ahora vete —dijo Isaiev—. Vete, Walter, porque tengo mucho sueño. Quiero dormir mucho.

Walter vio la cajita del «preparado del sueño» y sonrió. —La psicoterapia es una gran cosa —comentó—. Rudnik hace este preparado con aspirina y

valeriana. Es una engañifa.

—Es posible —convino Isaiev—. Pero ahora quiero dormir, no por Rudnik ni su preparado. Todo ha vuelto a su cauce y hasta estoy contento, porque un hombre liberado del presidio teme la libertad.

—Debes dormir, Maxim.

—No puedo.

—Por favor, duérmete, querido.

—No puedo ni tengo deseos de dormir.

—Te suplico que duermas... Cuando despiertes, será de noche, volverán a pasar estos cinco años y será como si nunca nos hubiéramos separado.

—¿A qué olía la casa de Timoja?

—A miel y estopa.

—¿A qué más?

—No me acuerdo.

—A nieve. A nieve de marzo.

—Por favor, por favor, duérmete, Maximushka.

—No me gusta engañarte.

—Vuélvete, te acariciaré y te dormirás.

—¿Me has querido siempre?

—Sí.

—¿Siempre, siempre?

—Sí.

—¿Y...?

—¡Sí, sí, sí, duerme!

—¿Por qué lo dices tan rudamente?

—Porque tú me lo has preguntado así.

—¿No tengo nada que preguntar?

—Nada. Duerme, querido, por favor, te lo suplico, duerme... Ya ha pasado todo y estás en casa... Duerme...

—Desde Berlín es más fácil regresar a casa que desde aquí.

—Sí. Tienes razón. Lo entiendo todo. Pero ahora vete, me acostaré y me dormiré. Me siento como un perro que se ha cansado de ladrarle a un hueso. Y no sé bien lo que digo. Puedo decir alguna inconveniencia y te ofenderías. Vete, vete, Walter...

Él volvió a casa en junio de 1946: diecinueve años, siete meses y cinco días después de su encuentro con Walter en Shanghai, en el piso 12 del «Hotel Británico».

Moscú.



A la memoria de mi padre

¿Quién es quién?

Al principio, Stirlitz no podía creerlo: en el parque cantaba un ruiseñor. El aire estaba helado, y aunque por los alrededores se advertían tímidos signos primaverales como en una acuarela fina, la nieve aún permanecía compacta, sin ese tímido azul interno que precede siempre al deshielo nocturno.

Los viejos y poderosos troncos de los árboles eran negros; el parque olía a pescado recién congelado. Aún no se percibía el intenso olor a pino y a álamo temblón, podridos desde el año anterior, que acompaña a la primavera; pero el ruiseñor cantaba con todas sus fuerzas: un torrente de trinos y cadencias, frágiles e indefensos en aquel parque sombrío y tranquilo.

Stirlitz recordó a su abuelo. Aquel viejo barbudo de cejas espesas sabía hablar con los pájaros. Llamaba a los estorninos y se sentaba bajo un árbol para contemplarlos durante largo rato, hasta que sus ojos empezaban a parecerse a los móviles ojos de los pájaros, y éstos no le tenían ya miedo alguno.

—Fiu, fiu, fiu —les silbaba su abuelo.

Ellos le respondían confiados, alegremente.

Con la puesta del sol, los negros troncos de los árboles volcaron sus sombras uniformes y lilas sobre la nieve blanca. «Se helará, pobrecito —pensó Stirlitz y, envolviéndose en el capote, regresó a la casa—. No es posible ayudarle: sólo hay un pájaro que desconfía de la gente: el ruiseñor».

Consultó el reloj: las siete en punto.

«Ahora vendrá —se dijo—. Siempre ha sido puntual. Le dije que viniera de la estación a través del bosque, para que no se encontrara con nadie. Esperaré. Es agradable esperar rodeado de tanta hermosura».

Stirlitz recibía siempre a aquel agente allí, en la pequeña villa junto al lago. Aquella vivienda clandestina resultaba cómoda y tranquila, alejada de las miradas indiscretas, en medio de un bosque de robles. Durante tres meses estuvo pidiendo a Pohl, *Obergruppenführer* de la SS, la suma para comprarles la villa a los hijos de los bailarines de la ópera, muertos durante un bombardeo. Pedían mucho por ella, y Pohl, responsable de la política económica de la SS y SD, se negaba categóricamente.

—¡Se ha vuelto usted loco! —decía—. Puede alquilar algo más modesto. ¿Por qué este afán de lujo? ¡No podemos despilfarrar dinero a tontas y a locas! ¡Es

deshonesto actuar así con la nación que soporta el peso de la guerra!

Stirlitz tuvo que hacer venir a su jefe, Walter Schellenberg, dirigente del espionaje político del servicio de seguridad, *Brigadeführer* de la SS. De treinta y cuatro años, fino conocedor de la belleza, intelectual y hombre perspicaz, Schellenberg comprendía perfectamente que era imposible encontrar otro sitio mejor para entrevistarse con agentes de alto nivel. La compra se había realizado a través de testaferros, y un tal Bolsen, ingeniero jefe de Robert Ley, planta química del pueblo, obtuvo la autorización para utilizar la villa. Él mismo contrató a un guardián por un sueldo alto y buenas raciones extras. Bolsen era el *Standartenführer* de la SS Von Stirlitz.

... Después de poner la mesa, Stirlitz conectó la radio. Londres transmitía una música alegre. La orquesta del norteamericano Glenn Miller ejecutaba una pieza de la *Sun Valley Serenade*. Esa película le había gustado tanto a Himmler, que se compró una copia en Suecia. A partir de entonces la proyectaban con frecuencia en el sótano de Prinz-Albrechtstrasse, sobre todo durante los bombardeos nocturnos, cuando resultaba imposible interrogar a los detenidos.

Stirlitz llamó al guardián.

—Hoy puede irse a la ciudad a ver a sus hijos —le dijo—. Venga mañana a las seis de la mañana, y si aún no me he marchado, hágame un café fuerte, lo más fuerte que pueda...

De Justas a Alex. Desde Berlín.

Información sobre fuerzas y efectivos de los grupos de Ejércitos en el Frente Oriental durante el mes de febrero.

1. Grupo de ejércitos Curlandia 20 divisiones

Total 232.000

Efectivos 110.000

2. Grupo de ejércitos Norte 28 divisiones

Total 384.000

Efectivos 141.000

3. Grupo de ejércitos Vístula 37 divisiones

Total 527.000

Efectivos 280.000